

HAY UN RECUERDO...

Hay un recuerdo, mío y de otros, con detalles tan bellos, tan humanos, que valen por caricias: el de aquel viejo barrio de retorcidas calles, nuestro cuartel latino de allende *Las Delicias*.

Cuando en él pienso—y pienso siempre—en las horas quietas, es como si mirara por un calidoscopio: combinaciones múltiples de gráciles facetas, escenas ya vividas que en la memoria acopio.

Conjunto abigarrado de trajineros; mozas de seducción; patronas que arbitrario dominio ejercitan; muchachas venidas de las chozas a los nidales sórdidos que incuba el lenocinio.

Caballeros de industria; menegildas; longevos abuelitos, tan plácidos; chicas de buena casa en devenires cursis, y estudiantes mancebos que por oficio tienen el fermentar la masa.

Algo trabaja el mozo, es verdad. Tres o cuatro horas, oye derecho, o al aula se incorpora donde a Euclides explican, o va al anfiteatro de aquella vieja escuela que ya no existe ahora.

El demás tiempo es suyo. Con destreza, concilia lecturas de novelas y repasos de textos; hace versos de amores, y escribe a la familia para pedir subsidios, con laudables pretextos.

Cuando recibe letras del padre, sin el giro adicional, exclama:—¡Mera literatura!— y reprende al cartero, y habla de su retiro de la pensión, si el cobro la patrona le apura.

Quejas suyas no dice la lavandera; el sastre, en cambio, es su enemigo, y hace mal, porque el mozo, aunque atrase las cuotas o le juegue de arrastre, es intangible... ¡Apenas le está apuntando el bozo!

Como su índole es buena y en su valor estima los lazos de la sangre, visita a los parientes, si los tiene, el domingo, y enamora a la prima, primer amor de todos los muchachos decentes.

El afán de regalo su vida no carcome. En gustos sibaríticos lleva a muchos ventaja; pero, cual el borrico de la fábula, come grano, si le dan grano; si le dan paja, paja.

Bebe menos sin duda de lo que come, y bebe porque come, esto es viejo y ritual: la ambrosía no excluye, pide el néctar...—¿Os acordáis de Hebe? Leed cualquier historia de la mitología.—

De su dinero es pródigo. Regala a las muñecas del barrio, y juega al monte con las mamás, lechuzas doctas en fullerías...

—Lidias, Martas, Rebecas, vosotras presenciasteis estas escaramuzas.

Vosotras, pobrecillas, no embargante el cariño filial, con un pellizco denunciasteis la trampa más de una vez, al bueno y enamorado niño, víctima de esas nobles señoras de la hampa.

Y por recibir otros pellizcos, el muchacho dejaba hacer, y, tarde, regresaba a su alero, silbando un airecillo bajo el chambergo gacho, con muchos cardenales y sin ningún dinero.

A seis días del mes y sin blanca... ¡Es muy fuerte! Pues, a la prendería, que un joven verecundo no puede sus aprietos remediar de otra suerte, ¡y de nuevo a vivir, que al cabo ancho es el mundo!

Y a saborear el beso de regalada boca, y a mentir desengaños, y a rasguear la guitarra. ¡Oh juventud inquieta, desaprensiva, loca, dentro de ti está siempre cantando una cigarra!

Pero no todo es broma y vida alegre. Quiebras también tiene el oficio, y amargor y penuria: puede el chico enredarse en las doradas hebras de alguna moza lista y parar en la curia.

Esto es lo más. La cosa lleva entonces mal sesgo: ya los giros no vienen, y si luego el connubio, por empeños recíprocos, fructifica, hay el riesgo de que se quede en fáfara la carrera... ¡El diluvio!

Empero, esta aventura no se prodiga. El niño sabe escapar a tiempo, por intuición, y sabe, contra lo que se augura de su rostro lampiño, burlar toda asechanza que sus designios trabe.

Mas, aun así, no todo tiene cara de risa en esta vida libre del estudiante. A veces

hay rachas de tormenta más que soplos de brisa,
que los vinos enturbian, porque agitan las heces.

Son, *mutatis mutandis*, intriguillas de faldas
en sus varios períodos de evolución. El viento
revuelve los humores, al sacudir las haldas,
y lleva y trae cosas por entretenimiento.

La delación anónima que estalla de improviso
aquí y allá; la cábala o el histrionesco amaño;
el padre provinciano que llega sin aviso,
un mismo origen tienen, y hogaño como antaño.

Al fin, la escena cambia... (Los que arrebató el cierzo
a deshora, por rutas ignoradas caminan)
Y en el terreno fértil en que probó su esfuerzo,
unas tras otras, todas, las simientes germinan.

La cosecha está próxima. Dentro de breve plazo
se cumplen las pragmáticas que el claustro ha establecido:
manos graves le asestan el culto espaldarazo,
y el mancebo estudiante queda doctor ungido.

Una vez más—¡la última!—congrega a las muñecas
del barrio, humildes víctimas de aquella alegre tropa,
y él, tan dichoso, y ellas—Lidias, Martas, Rebecas—
tristes, muy tristes, beben, juntos, la última copa.

¡Y a vivir otra vida!...

Tal vez alto renombre
gana después el mozo; tal vez, de unión bizarra,
prole gentil disfruta; pero en sus sueños de hombre,
no ya su himno monótono cantará la cigarra.

1919.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.